

Biblioforum sobre: «El diario de un niño tonto»

No suele ser el humor, en su vertiente literaria, un recurso que estimule de manera particular el entusiasmo de los educadores. La sospecha de informalidad que se desprende de los textos de aquellos humoristas que han intentado divertirse con la pedagogía ya descalifica de inmediato la posible utilidad de esos textos.

Sin embargo, y de manera no infrecuente, los humoristas persisten en su manía de aproximarse a los temas de la educación o de la didáctica desde puntos de vista sorprendentes. Y así nos hemos encontrado con niños tan atroces como «El repelente niño Vicente» de Rafael Azcona, con el desopilante «Diario de un niño tonto», con la serie de los libros de Willy Breinholst, etc.

Y puesto que nos parece interesante no soslayar estos materiales, al menos como recurso complementario de trabajo, abrimos la sección de temas personales presentando algunos de ellos. Por ejemplo, en este número, el referente al despertar a la escuela y los primeros «desajustes escolares» de un alumno imprevisible.

J.L. BLANCO VEGA

En el «*Diario de un niño tonto*», su autor, el humorista Tono de Lara, Tono para los amigos, se apoyaba en tres puntos fundamentales para desarrollar la teoría de perplejidades de su divertida, irritante y sin duda provocadora criatura: el niño tonto.

El primer punto de apoyo lo constituía precisamente la palabra «*Diario*» mediante la cual nos advertía el autor acerca de la estructura de su libro: una informal constatación de cuanto el presunto escritorzuelo de aquellas páginas iba descubriendo a su alrededor, en su entorno doméstico, urbano y escolar a lo largo de los días.

Efectivamente, el «*Diario*», llevado con una cronología no demasiado rigurosa, detecta y registra cuanto de original, de nuevo, de extraño o de absurdo, sobre todo de esto último, puede ir encontrando un niño de características un tanto peculiares mientras realiza esa tarea obligatoria y generalmente poco grata que es la de crecer.

El segundo factor es la palabra «*niño*». Tono se puede permitir, una vez hecha la elección de un protagonista infantil, jugar con el lenguaje y la lógica del lenguaje, proponer a cada tema un co-

mentario disculpablemente a contrapelo de la mentalidad adulta y reirse él mismo de los peces de colores (los absurdos y contradicciones de es mismo mundo adulto) parapetándose bajo la máscara de un niño.

El tercer factor, muy importante, es lo de «tonto». En esa «deficiencia mental» de su protagonista apoya Tono su visión surrealista de cuanto acontece en el diario. La pretendida «tontería» del niño le permite (a Tono) arremeter a mandíbula batiente contra unos cuantos tópicos del orden racional de los adultos: su lógica, sus convencionalismos y, en cierto modo, su sistema de valores. Y, por supuesto, la pregunta que se desprende de esos diálogos delirantes entre el hijo y sus padres, el alumno y sus maestros, el sobrino y sus tías, el menor y sus educadores, es siempre la misma: ¿y quién es el tonto de esta historia?

Me apresuro, sin embargo, a prevenir a los lectores contra posibles falsas expectativas: el «*Diario de un niño tonto*» no es, en ningún momento, un libro con pretensiones pedagógicas, lo cual no quiere decir que los pedagogos no puedan tenerlo en cuenta para ilustrar, mediante el procedimiento de la distorsión

o de los espejos deformantes, ciertos aspectos de la pedagogía. Es un libro de humor, y de un humor ciertamente particular y probablemente un tanto desfasado, el de la primera andadura de «*La Codorniz*» donde las piruetas verbales, las asociaciones disparatadas en el proceso del diálogo, la reducción de la lógica al absurdo por exasperación de la misma lógica, etc. se constituían en batería delirante para hacer un humor que escapara, por otra parte, a la rigurosa censura de la época.

De las páginas del «*Diario...*» me he permitido seleccionar algunas de las referentes al tema de la escuela. Esa escuela regentada por Don Felipe, maestro sapientísimo, se presenta en el libro con todos los ingredientes que constituyeron la sustancia/sin sustancia de la vieja escuela (y no sólo de la vieja): el memorismo, la inutilidad de muchos de los conocimientos impartidos, la desconexión entre la escuela y la vida, la inadecuación del lenguaje del maestro a la comprensión de los alumnos, la inhibición de los padres con respecto a lo que se enseña y lo que pasa o deja de pasar en la escuela, etc.

Veamos, pues, algunos capítulos:

PAGINA 8

Ya voy al colegio. Lo primero que me han enseñado es que la tierra es redonda. Cuando he dicho en casa que sabía que la tierra era redonda, mis padres se han puesto muy contentos y han dicho que soy un niño muy listo y que voy a llegar muy lejos. Yo no sé si eso de voy a llegar muy lejos lo dicen porque, aprovechando que la tierra es redonda, piensan empujarme. Si no es por eso, no comprendo por qué en el colegio me enseñan esas tonterías, pues a mí me tiene sin cuidado que la tierra sea redonda o tenga forma de pera o de rábano, pues estoy seguro que nunca llegaré a verla entera, ni creo que nadie la haya visto, aunque don Felipe, mi profesor, lo dice con tanta seguridad que he llegado a dudar si será verdad que la tierra es redonda.

Otra de las cosas que han intentado enseñarme en el colegio es el nombre de los ríos. Yo he querido convencer a don Felipe de lo inútil que es saber el nombre de los ríos, pues, posiblemente, cuando sea mayor, si alguna vez voy a un río lo que verdaderamente puede interesarme es que tenga cangrejos o que haya una barca para pasearme. Y, en último caso, si me interesa saber cómo se llama, con preguntárselo a cualquiera del pueblo estoy del otro lado.

A pesar de haberle dicho todo esto a don Felipe, don Felipe me ha dicho que todos los niños del mundo tienen que saber el nombre de los ríos, aunque él tampoco comprende qué razón hay para esto.

También me han enseñado a hacer problemas, cosa que consiste en que un señor que se llama Pedro y que tiene unas naranjas le da no sé cuantas a otro que se llama Pepe, y hay que averiguar cuántas naranjas le quedan a Pedro. Como yo no conozco ni a Pedro ni a Pepe y además no me gustan las naranjas, me he negado a hacer el problema y me he dedicado a cazar moscas, que es lo bueno.

A mí, en realidad, lo que más me gusta es que me den un trapo y borrar de la pizarra todo lo que ha escrito Rodríguez, que es el primero de la clase y que lo sabe todo, menos coger moscas como se deben coger las moscas.

El otro día cogí una así de gorda y la metí en una caja de cerillas llena de tiza en polvo. Cuando ya estaba bien rebozada, la solté en la clase y salió volando ante el asombro de todos los chicos, menos de Rodríguez, que me miró con verdadero desprecio.

Estoy seguro de que este chico no llegará nunca a nada.

PAGINA 21

Nuestro querido profesor don Felipe, dice que el hombre tiene que aprender mucho de los animales. Al decir el hombre, no sé exactamente a qué hombre se refiere, pues a casa no viene más hombre que el hombre del carbón, y ése creo que necesita bien poco aprender de los animales, pues según mi manera de ver sólo le falta el rabo.

Para demostrarnos lo que los hombres tienen que aprender de los animales, don Felipe nos ha citado el caso de la cigarra y la hormiga. Por lo visto, la cigarra se pasa el verano cantando mientras la hormiga se pasa el verano trabajando.

Después de habernos dicho don Felipe todo eso, he observado a las hormigas para ver lo que hacían y resulta que todo lo que hacen es pasearse de un lado para otro con una mosca, y la verdad, si a esto le llama trabajar don Felipe...

Yo, desde luego, entre aprenderme el nombre de las cordilleras o pasearme con una mosca, prefiero pasearme con una mosca, pero estoy seguro que si hiciera eso mi padre creería que yo era tonto y además me haría aprender el nombre de las cordilleras, pues parece ser que cuando se es mayor es muy necesario saber el nombre de las cordilleras para no confundir unas cordilleras con otras.

Aparte de todo eso, el que la cigarra se deje de moscas y se pase el verano cantando como si fuera una criada, me parece estupendo, pues así como no sólo de pan vive el hombre, también no sólo de moscas vive la cigarra y, al fin y al cabo, su actitud es bastante poética y desinteresada.

Yo creo que don Felipe lo que pretende con todas estas tonterías es armarnos un lío muy gordo, pues a pesar de lo que dice que si debemos imitar a las hormigas y que si patatán y que si patatán, cuando ve que alguno de nosotros coge una mosca se pone como un loco y nos arma un escándalo de no quiera usted saber.

Lo mejor sería que don Felipe se dejara de tonterías, y de hormigas y de cigarras y nos enseñara a multiplicar nueve por nueve, que es lo que luego no sabe nadie y es tan necesario.



Cada día me fio menos de las personas mayores. Mi maestro, después de pasarse la vida diciendo que si debemos aprender de los animales, y que si yo no sé qué cuántas cosas de los animales, luego, en la práctica, no tiene en cuenta nada de lo que ha dicho de los animales.

Digo esto porque, desde hace varios días, no hace más que hablarnos de los inocentes pajarillos que cantan en la enramada sus alegres canciones de primavera...

Pues bien: la otra tarde, cuando iba yo con mi cha-cha por el vino, encontré a don Felipe en la taberna del vino comiéndose un pajarito frito, sin tener en cuenta nada de sus alegres canciones de primavera ni su nada. No contento con esto, cuando acabó de comerse el pajarito, pidió unos pequeños pececillos, que creo que se llaman boquerones, y se los comió sin la menor consideración y sin derramar ni una sola lágrima. Después pidió otros inocentes animalitos, al parecer desnudos, que, según pude oír, se llamaban gambas y, después de ordenar que se los hicieran a la plancha, se los comió también sin el menor remordimiento.

—¡Dios mio! —exclamé para mis adentros—. Este don Felipe es un farsante.

Al día siguiente, cuando en la clase empezó a hablarnos de los coleópteros y de la vida de los coleópteros, exclamé:

—Dígame, don Felipe, ¿se comen los coleópteros? Don Felipe puso cara de asombro y me preguntó:

—¿A qué viene esa pregunta, señor Ramírez?

—Viene —respondí yo— a que el otro día nos habló de los pajarillos y luego se estaba usted comiendo uno del tamaño de una manta de viaje. Por lo tanto, no me extrañaría nada que tuviera usted hoy para almorzar coleópteros con tomate o coleópteros en su tinta.

Don Felipe montó en cólera y, después de grandes gritos, dijo que no toleraba bromas de esa clase en la clase y que escribiera en un papel la palabra coleóptero mil doscientas veinticinco veces.

Yo, mientras cumplía mi castigo, pensé que en esta vida no por mucho madrugar se amanece más temprano.



Actividades

02. BIBLIOFORUM

1.—A nadie se le oculta que la crítica a la escuela, a los profesores y a los libros, más que una mala costumbre de los alumnos es un fenómeno derivado de la misma escolarización. Si, como se ha dicho en frase no muy lejana del estilo de Tono, «todo alumno, por el mero hecho de serlo, será severamente castigado» «todo profesor —habría que añadir— por el mero hecho de serlo, será severamente puesto en solfa». Las excepciones al caso no anulan la regla general. Entonces es posible que lo que Tono ha elaborado desde su personalísima condición de humorista, encuentre equivalencias menos sospechosas de gratuidad en testimonios que pueden aparecer en la misma escuela, por ejemplo: diarios de los alumnos, textos de los periódicos escolares cuando los censores del centro no han puesto demasiadas cortapisas a la expresión de los redactores, anónimos (billetes, pintadas, dibujos) con alusiones a situaciones o profesorado del centro, parodias teatrales, etc. El material que ahí se nos facilita en este Diario puede resultar incómodo, insuficiente, discutible por supuesto, pero no desdeñable, al menos como toque de atención.

Por otra parte, no debiéramos olvidar profesores y maestros que nuestra vida escolar (me refiero a nuestra propia vida de estudiantes) no fue ajena en muchas ocasiones a esos métodos de crítica a nuestros profesores; lo que pudo ocurrir, por ironías de la vida, es que lo que empezó siendo objeto de nuestro rechazo se haya convertido, andando los años, en oficio y el cansancio del oficio, en el mismo blanco que ahora presentamos: en la crítica de esos «tontos bajitos» (con perdón) que son los niños.

2.—Haced un BIBLIOFORUM sobre el libro de TONO, «El Diario de un Niño Tonto», editorial..., escogiendo diversos capítulos y que sean leídos por distintos alumnos... y (si puede ser, con muchísimo humor) por distintos profesores.

3.—Luego haced un «comentario de situaciones» que se producen en la escuela y que los alumnos no entienden, sobre las que cabe un cierto humor (Hay que recordar que este LIBROFORUM no es posible si no existe en ese grupo de profesores/alumnos una cierta distensión e informalidad).

4.—Una variante informal es que cada alumno o grupo de ellos cree «situaciones escénicas», donde sea posible la crítica humorística: de clases, actividades escolares, personas, etc.

5.—Otra variante son las «letrillas de canciones»: con melodías conocidas, intentar reflejar con humor las relaciones, pequeños problemas que existen entre profesores y alumnos.

NB.—Si todo esto no es posible, si la crítica resulta mordaz y censurada, seguramente no existe un buen clima. Entonces habrá que esperar a ser adulto para hablar desde otras plataformas lo mal que lo hemos pasado como alumnos...

